

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

TEXTO.—Luisa de Lorena (continuación), por X.—¡Buen corcel! por D. M. Zavaleta.—El Abencerraje, novela histórica española, escrita por D. A. de Villegas (continuación.)—Dulce recuerdo, por D. J. Fiol.—Ya pasó, por don M. B.—Epigramas, por Me-fistófeles.—Cuadrado de palabras.—Solución.  
GRABADOS.—Recuerdos de un viaje á Söller, (por D. M. Mestre.)—Escenas populares. El asistente y la criada, (dibujo por D. N. Reste).

## LUISA DE LORENA.

(CONTINUACION.)



A señorita de Montvert habia huido del palacio luego que se presentaron los primeros síntomas de la enfermedad, tanto era lo que temia verse tambien acometida. ¿Quién, pues, iba á cuidar de la pobre princesa?

La enfermedad se habia dirigido á sus ojos; habia cuatro dias que no los podia abrir; pero habia recobrado el conocimiento, y preguntaba por su *buen* *amiga*. Así era como llamaba á Mad. de Champy.

—¿Por qué no está ahí? decia la niña lamentándose.

—Porque ella misma está tambien mala, y tiene necesidad de reposo, responde una voz dulce y afectuosa. Mas yo estoy aquí para cuidaros tan amorosamente como ella os cuidaba, mi querida niña; no os aflijais y bebed esto, pues ella me encarga os ruegue me obedezcais.

Esta súplica se hacia en un tono tan sumiso, que á pesar de su repugnancia, Luisa tragó la cucharada de bebida que tocaba á sus labios.

—¿Quién sois, pues?

—Una niñera nueva que debe reemplazar á vuestra aya hasta que se restablezca.

—¡Ay! ¿no permaneceréis aquí como ella toda la noche?

—Si, niña mia, me estaré de dia y de noche mientras necesiteis mi asistencia; y cuando esteis mas fuerte procuraremos divertirnos; pero me amareis un poco ¿no es así?

—¡Oh! si, respondió Luisa, buscando con su mano ardiente la de la persona que la hablaba. Veo bien que es *mi aya* quien os envia. Vos queréis á los niños; ¿no sois una madrastra, no es verdad?

La mano que tenia la de Luisa se retiró. Siguióse un largo silencio.

—¿Cómo os llamis? preguntó la enferma.

—Juana, se le respondió.

—Pues bien, Juana. ¿sabes historias bonitas como las que me contaba Mad. Champy, en las que siempre habia bellos caballeros de Lorena, torneos, ermitaños?

—Ciertamente sé algunas muy interesantes, y que os harian dormir tan bien como las suyas.

En efecto, desde el primer cuento se habia quedado Luisa dormida, y aquel sueño bienhechor debia triunfar de su calentura.

Dos dias despues habian cesado las inquietudes que causaba la enfermedad; pero se temia mucho quedase desfigurado el rostro de la princesa. Los médicos declararon que se desfiguraria si se arrancaba las postillas que cubrian todas sus facciones, y propusieron atarle los brazos á la cubierta de la cama. Como la idea de verse asi sujeta desesperaba á la enfermita, su nueva aya se comprometió á velarla con tanto cuidado que impediria se rascase la cara.

Luisa reconocida quiso abrazarla, y Juana abrazó á la enferma, lo que no es menos animoso que permanecer de dia y de noche con los ojos fijos en ella.

Los enfermos son caprichosos, voluntariosos. Luisa, incomodada con el olor del alcanfor de

un colorio que servia para darle en los ojos, no quiso que la volviesen á dar con él. Las amenazas de que se quedaria ciega, los ruegos, nada la pudo decidir á obedecer, y el médico salió del cuarto diciendo: puesto que no quiere se impida quede fea y enferma, nada mas tengo que hacer aqui.

—¿Quién me llora? preguntó Luisa.

—Soy yo, dijo Juana. ¿Cómo no afligirse al pensar que os quedareis asi por vuestra culpa?

—Pues no llores mas, replicó Luisa con voz enternecida, y ven á darme fomento en los ojos. Haré todo lo que quieras... pero no llores mas.

Entonces Juana tomó el bote, y bañó los ojos enfermos muchas veces, dando gracias á Luisa por su docilidad.

—¡Oh! exclamó la niña con una alegría delirante, ¡aya mia, ya veo claro!...

En efecto, sus párpados se habian entreabier- to; mas la fuerza de la luz los habia hecho cerrarse de nuevo súbitamente.

Juana se precipita al punto hácia la ventana; corre las gruesas cortinas de Damasco; y la oscuridad que reina, sin ser completa, permite á la princesa mirar en derredor de sí.

—Juana, Juana, ven, pues, que yo te veo.

Pero Juana se ocultó detrás de las cortinas que están á la cabecera de la cama.

—¿Dónde, pues está? ¡Ay, Dios mio, ya no está oscuro! ¡Qué contenta estoy!... Tú eres la que me ha curado los ojos... Ven, te daré las gracias... ¿No estás tambien contenta?

—Sí, soy dichosa, responde Juana adelantándose para tomar la mano que le alargaba Luisa. Mas esta, herida de un terror súbito, exclama:

—Cielo, la condesa. Y vuelve á caer sobre su almohada, casi sin conocimiento.

—¡No, es tu madre! dijo Juana de Saboya ba- ñando en lágrimas el brazo de Luisa. Mira la pena que le causas, reanímate para consolarla.

Los acentos de esta dulce voz recuerdan en el corazon de Luisa los tiernos cuidados de la condesa, y su temor se disipa.

—¿Luego me amais? dijo Luisa.

Los abrazos de su madre política sirvieron de respuesta. Entonces se entabló la intimidad entre la noble enfermera y su enferma.

Y Luisa, arrepentida de su injusta prevencion contra la muger de su padre, la promete todo el cariño de una hija sumisa.

Esta promesa dictada por el reconocimiento, fué muy fácil de sostener, porque la condesa de Vaudemont se convirtió desde aquel momento en

la mejor de las madres para la princesa, que así como fué creciendo, descubrió una belleza sorprendénte, y su misma madre política la condujo á la córte del duque Cárlos, para ser colocada al lado de la duquesa Claudia, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. Allí Juana de Saboya se aplicó á desarrollar en su hija política todas las cualidades que la hacian amable en su infancia, y á que adquiriese esa cultura de lenguaje, esa gracia de los modales que la duquesa Claudia habia traído de la córte de Francia á la córte de Lorena.

Mas la princesa debia muy pronto llorar la pérdida de esta segunda madre, tan perfecta, tan adorada, y ver la sucedia Catalina de Lorena, hija del duque de Aumale, muger altanera, celosa, que habia de convertirse en enemiga de Luisa á causa de su hermosura. Desde entonces la existencia de la princesa fué tan cruel como antes habia sido feliz. Como todos los dias se ofrecia ocasion de malos tratamientos de parte de la nueva madrastra, pensó sustraerse de ellos por algunos momentos, obteniendo de su padre el permiso de ir todas las semanas á pié en peregrinacion á San Nicolás. La historia nos cuenta que iba vestida de aldeana, acompañada de sus criados de honor, de un gentil-hombre y de un lacayo, empleando ella misma en limosnas los veinte y cinco escudos que tenia mensuales para alfileres.

(Se concluirá.)

## ¡BUEN CORCEL!

Así que la luz del alba  
toca las nubes del cielo,  
me despiertan los clarines  
de las cuitas y los duelos;  
pero, por pronto que acuda  
ya me ciñe el duro cerco,  
siguiendo á hueste que amaga  
la del placer y el dinero.

¡Cuántas veces, sin rebozo,  
trocarne en neblí deseo,  
y volar, volar sin tregua,  
léjos de tales guerreros!  
mas, el corcel no vacila  
mientras yo me estoy diciendo:  
—«Buen caballo infunde brío;  
¡lanza en mano, el caballero!»—



Luego que en ira la blando  
con alto clamor de «¡A ellos!»  
me baten la dura malla  
temores de un mal suceso;  
pero, mejor me fatigan  
los pequeños contratiempos;  
calamidad insufrible  
que hostiga en todo sendero.

¡Cuántas veces, cuántas veces,  
no estando honor de por medio,  
suplicaría por gracia  
el respirar un momento!  
mas, el corcel no vacila,  
y yo me digo aplaudiéndolo:  
—«Buen caballo infunde brío;  
¡lanza en mano, el caballero!»—

Tan presto bizarro lucho,  
cejan los males y agüeros,  
caen rotos los trabajos,  
y tengo camino abierto;  
pero, ¿quién pasa entre espinas  
sin verse los pies sangrientos?  
¿qué será cruzar las huestes  
de los ódios y el deseo?

¡Cuántas veces desangrado  
me vá faltando el aliento,  
por acabar me fatigo,  
y se me acerca otro ejército!  
mas, el corcel no vacila,  
y yo grito:—«¡Dios eterno!  
—Buen caballo infunde brío;  
¡lanza en mano, el caballero!»—

Tan presto el día despunta,  
harto de malos y necios,  
de peligros y de heridas,  
vuelvo laso al campamento;  
pero, al recordar los lances,  
mientras afilo el acero,  
ya veo del enemigo  
en monte y llano los fuegos.

¡Cuántas veces, con espanto,  
pienso en tal guerra sin término,  
y, cual mano de la zarza,  
de mis ojos huye el sueño!  
mas, el corcel no vacila,  
y parece estar diciendo:  
—«Buen caballo infunde brío;  
¡lanza en mano, el caballero!»—

Quando el potro no relinche,  
¡adios, laureles y encuentros!  
que fué don de la Esperanza

para la lid y el torneo;  
pero, perdido en la lucha,  
como lloré ciento á ciento  
las mas caras ilusiones,  
mi vida será su precio.

¡Cuántas veces lo he salvado  
por un milagro del cielo,  
y le he dicho:—«Teme al mundo:  
¡si me vence, somos muertos!»—  
mas, el corcel no vacila,  
y á los peligros dá el pecho.  
—«Buen caballo infunde brío;  
¡A tu deber, caballero!»—

MIGUEL ZAVALETA.

## EL ABENCERRAJE.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA.

ESCRITA

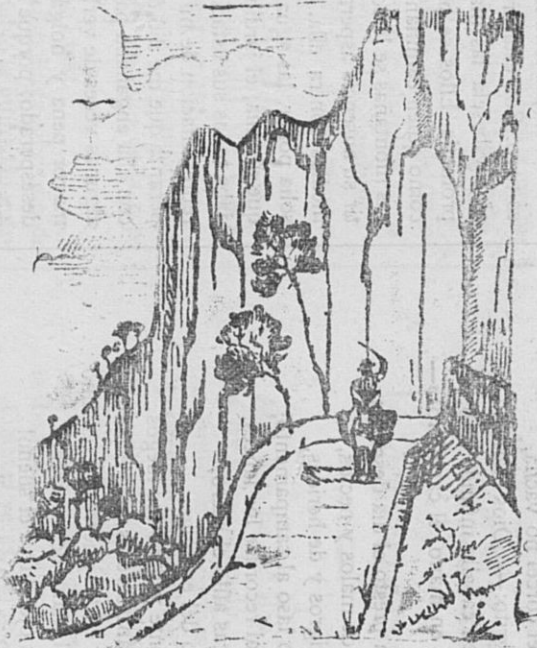
POR ANTONIO DE VILLEGAS.

(CONTINUACION.)

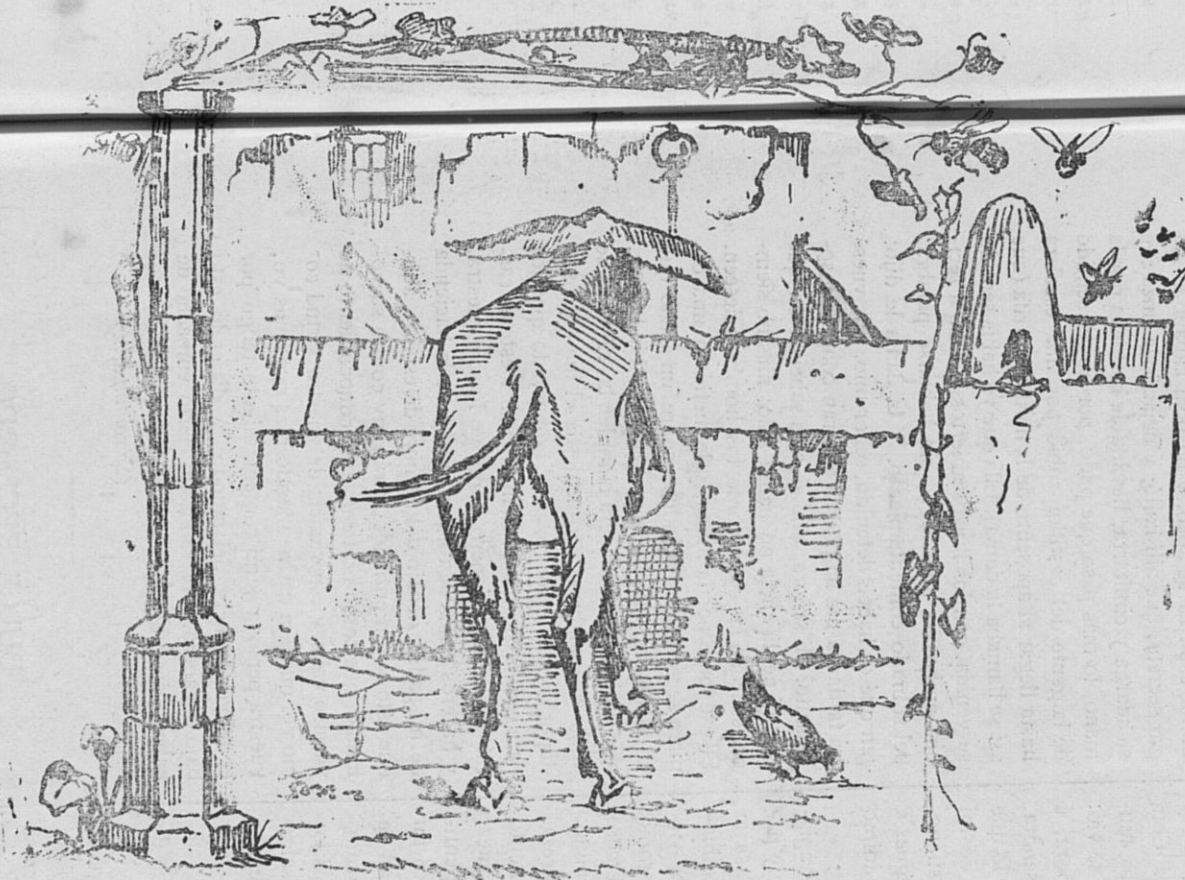
gar de hablarte, ó por ausencia, ó por indisposi-  
cion suya (que ya deseo) yo te avisaré: irás donde  
yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente  
lleva consigo, debajo de nombre de esposo, que  
de otra suerte ni de tu lealtad, ni mi sér, lo con-  
sentirian; que todo lo demas muchos días há que  
es tuyo. Con esta promesa mi corazon se sosegó  
algo y beséla las manos por la merced que me  
prometia. Ellos se partieron otro dia, yo quedé  
como quien caminando por unas fragosas y ásper-  
ras montañas se le eclipsa el sol: comencé á sen-  
tir su ausencia ásperamente, buscando falsos re-  
medios contra ella. Miraba las ventanas do se  
solia poner, las aguas do se bañaba, la cámara en  
que dormia, el jardin do reposaba la siesta. An-  
daba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba  
representacion de mi fatiga. Verdad es que la es-  
peranza que me dió de llamarme, me sostenia, y  
con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque  
algunas veces de verla alargar tanto, me causaba  
mayor pena y holgára que me dejára del todo  
desesperado; porque la desesperacion fatiga hasta  
que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que  
se cumple el deseo. Quiso mi ventura, que esta  
mañana mi señora me cumplió su palabra, en-  
viándome á llamar con una criada suya, de quien  
se fiaba; porque su padre era partido para Gra-  
nada llamado del Rey para volver luego. Yo re-  
gucitado con esta buena nueva, apercíbime; y  
dejando venir la noche por salir mas secreto, pú-



RECUERDOS DE UN VIAJE Á SÓLLER.



2



3

1. Para cuestras arriba quiero mi mulo. 2. Esto será muy útil á los agricultores pero maldita la gracia que á mí me hace. 3. Poético consorcio.

(Por D. M. Mestre.)



seme en el hábito que me encontrastes, por mostrar á mi señora el alegría de mi corazon; y por cierto no creyera yo que bastáran cient caballeros juntos á tenerme campo, porque traia mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fue por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, ó la determinacion del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Así que considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coin breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho) el mas ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora, á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido; y lo que mas siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros y no los juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narvaez quedó espantado y apiadado del estraño acontecimiento del moro, y paresciéndole que para su negocio, ninguna cosa le podria dañar mas que la dilacion, le dijo: Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud, que tu ruin fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prision dentro de tercero dia, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaria de atajarte tan buena empresa. El moro cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus pies, y le dijo: Rodrigo de Narvaez, si vos esto haceis, habreis hecho la mayor gentileza de corazon, que nunca hombre hizo, y á mí me dareis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré. El Alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate: ellos dijeron que ordenase á su voluntad: y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro le dijo: ¿vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero dia? El le dijo: si prometo. Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio teneis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, tambien se hará. Y diciendo que se lo agradecia, se fue camino de Coin á mucha priesa. Rodrigo de Narvaez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Yéndose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella habia, y deteniéndose

allí, comenzó á reconocer el campo, por ver si habia algo de que guardarse, y viendo de que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le habia dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo: ¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusion? Mi señora há rato que os espera: apéaos y subireis donde está. El se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo mas paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella que ya habia sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recibir: ambos se abrazaron, sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: ¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? Mi señora, dijo él, vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres deseen. Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre un lecho que en ella habia, le dijo: he querido Abindarraez, que veais en cual manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque desde el dia que os la dí por prenda de mi corazon, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto segun entiendo, será muy contra su voluntad, que como no tiené tanto conocimiento de vuestro valor y esperiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido mas rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo; y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

(Se continuará.)

## DULCE RECUERDO.

Si quisieras tú seguirme  
A aquella casita blanca  
Que allá léjos en el bosque  
Del monte al pié se levanta;  
Allí al suave murmullo  
De las cristalinas aguas

Que por las musgosas rocas  
 Saltan cual sierpes de plata;  
 Allí, oyendo á las aves  
 Que cantan en la enramada  
 Endechas tiernas cual tú,  
 Notas que llegan al alma;  
 Allí, clavando en tus ojos  
 Ebrios de amor tu mirada,  
 Tu mano presa en las mias,  
 Tu frente en mí reclinada,  
 Mis lábios pidiendo besos  
 Que por rubor les negaras;  
 ¡Cuántas cosas te diría!  
 ¡Cuanto amor yo te jurara!  
 Mas, ay, no me sigas, nó,  
 A aquella casita blanca,  
 Que sé que si allí te viera,  
 Mi voz, muda se quedara,  
 Mis ojos quedaran ciegos,  
 Mis manos de amor temblaran,  
 Que cuando á solas se encuentran  
 Dos almas enamoradas,  
 Tan solo saben sentir  
 Olvidando las palabras,  
 Llegando á fundir en una  
 Sus dos vidas, sus dos almas,  
 Cual se fundieran las nuestras  
 Aquella dulce mañana  
 En que nos vimos á solas  
 Junto á la casita blanca.

JOAQUIN FIOL.

### YA PASÓ.

Ah! pícaro! ¿Con qué quieres  
 Que una bonita muchacha  
 Te siga sin mas ni mas  
 A aquella casita blanca?  
 No esperes, no, que te siga  
 Tan solo por tus palabras;  
 Porque aunque son cual la miel,  
 Tienen canas y empalagan.  
 No esperes que por oír  
 El murmullo de las aguas  
 Y el canto del ruiñeñor,  
 Te acompañen las muchachas.  
 Házles primero el amor;  
 Catequízalas con gracia  
 Ofreciéndolas tesoros  
 De delicias y de plata,  
 Y entonces... (te lo aseguro)

Tendrás quien contigo vaya  
 A oír cuanto tú quisieres...  
 Aunque sea caer agua,  
 Que es un género de gusto  
 Bien endiablado! Canastas!  
 Entónces podrás tener  
 A quien cantar las baladas,  
 Teniendo entre tus dos manos  
 Las tuyas bien apretadas.  
 Tendrás mas; tendrás tambien  
 En quien clavar tu mirada,  
 Donde reclinar tu frente  
 Y á quien sin rubor besaras.

M. B.

### EPÍGRAMAS.

Despues de un drama muy malo  
 —El autor!—gritó Pascual  
 Con todo el furor de un galo.  
 —Y á qué?—le dijo Gonzalo.  
 —Para llamarle animal.

Contigo me casaría  
 Y estuviera ya casado  
 Si casarme no tuviera  
 Con dos suegros y un cuñado.

MEFISTÓFELES.

### CUADRADO DE PALABRAS.

```

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

```

Sustituir los anteriores puntos por letras que leidas vertical y horizontalmente digan:

- 1.ª Lo inventó un patriarca.
- 2.ª Nombre que oiremos pasado mañana en el teatro.
- 3.ª Una célebre *bailarina*.
- 4.ª Segunda persona de indicativo de un verbo muy atrevido.

La solución en el próximo número.

### SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR.

C A B O  
 A T A R  
 B A T A  
 O R A R



ESCENAS POPULARES.



EL ASISTENTE Y LA CRIADA.

(Dibujo por D. X. Reste).